NOTAS

LECCIONES PARA ESPÍRITUS JÓVENES

*José María Lujambio**

*A mi profesor Carlos de la Isla,
con infinita gratitud por su infinita generosidad.*

112

Antes de empezar quiero agradecer profundamente a los queridos profesores Carlos de la Isla y Rodolfo Vázquez, por la invitación a participar en esta mesa de presentación. Es para mí un gran honor, por lo demás inmerecido, compartirla con profesores de la talla intelectual y humana de Ernesto Garzón Valdés, Luz Elena Gutiérrez de Velasco, Juan Carlos Geneyro y Alberto Sauret.

De la perplejidad a la utopía. Un gran título para la compilación de ensayos que se reúnen en el libro que hoy se presenta. Nos muestra de forma contundente el rasgo esencial del pensamiento de Carlos de la Isla: por un lado, su profundo asombro ante el terrible estado de nuestra civilización pero, por el otro, la firme esperanza de que es posible conducirla

por mejores senderos, los de la justicia y los de la libertad igual para todos.

De la Isla expone un pensamiento fruto de una profunda reflexión, al tiempo apasionada y serena, de años de experiencia académica y de un contacto permanente con la realidad que vive. No es una filosofía que se quede en la mera especulación; no es un conjunto de ideas para ser contempladas. Es una guía tanto para la actividad crítica como para la búsqueda de salidas a los oscuros túneles que constituyen los problemas de nuestro tiempo.

Partiendo de las ideas de grandes pensadores de nuestro siglo, como Bertrand Russell, Isaiah Berlin, Daniel Bell, Karl Jaspers, Jacques Attali, Eugene Ionesco o John Dewey, De la Isla desarrolla una lúcida, severa, y aun despiadada crítica a la situa-

* Estudiante de Derecho, ITAM.

NOTAS

ción del mundo actual. Su evaluación es en ocasiones cruda pero siempre certera. Sin embargo, De la Isla no es un catastrofista. Su propuesta es de un pesimismo, digamos, activo. Desemboca en la posibilidad de encontrar ideas frescas forjadas a través de la imaginación y de un uso razonable de la razón, las armas que el hombre posee para alcanzar la utopía.

En su obra *Una fe común*, John Dewey expresa una frase que seguramente De la Isla suscribiría: "Las metas e ideales que nos mueven se generan a partir de la imaginación. Pero no están hechos de sustancias imaginarias. Se forman con la dura sustancia del mundo de la experiencia física y social."

De la Isla rechaza tajantemente la vía postmoderna que niega cualquier papel a la razón y a sus frutos en la superación de la sociedad actual. Por el contrario, aboga por rescatar lo mejor de la herencia ilustrada: la crítica y el diálogo, y con ellos llevar a buen término la tarea tan postergada de realizar los valores de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

En De la Isla encontramos, pues, una estatura intelectual y moral para condenar, y un compromiso intelectual y moral para arrojar luz a la oscuridad.

De la perplejidad a la utopía es un libro escrito por un espíritu jo-

ven y dirigido a espíritus jóvenes, rebeldes, inconformes con el pasado y el presente, pero imbuidos por la esperanza de un mejor futuro. Carlos de la Isla es un ejemplo para quienes, siendo jóvenes, viven en la alienación, en la apatía y la indiferencia ante una realidad plétórica de iniquidades; es además una lección para los jóvenes que inexplicable y paradójicamente defienden de forma activa el *status quo*.

Tema central dentro de las reflexiones de Carlos de la Isla es el de la educación universitaria. El autor ve a la Universidad como un espacio privilegiado de cultivo del pensamiento. En la Universidad no se aprenden exclusivamente las artes de una profesión; se aprende el oficio más importante, el de hacer uso de la razón y así alcanzar nuestra dimensión de personas.

Por eso De la Isla es un feroz enemigo de la educación profética, vertical, autoritaria, impositiva de ideas y de valores, repetitiva y, en tanto tal, conservadora. La inmoralidad de esta educación radica en pisotear la dignidad de los educandos; sus consecuencias en la vida social se manifiestan en la perpetuación de la injusticia. En palabras de John Kenneth Galbraith, "la dictadura de las ideas retrae el pensamiento".

Como Norberto Bobbio, De la Isla es un firme defensor del ideal

NOTAS

liberal de la tolerancia; pero, igual que Bobbio, es fanáticamente intransigente con los fanáticos de cualquier signo por su afán de imponer planes de vida. Con mayor razón, si se valen del recinto de las aulas para inculcar y moldear conciencias.

Carlos de la Isla nos invita, en este libro, a inaugurar una educación dialógica. Dice Fernando Savater: "el diálogo es la gran escuela del espíritu, no sólo en el sentido de que lo enriquece con conocimientos que difícilmente podría haber obtenido de otras fuentes, sino también haciéndolo más vigoroso, más justo, más penetrante, más profundo". Es decir, el diálogo nos hace más civilizados y más humanos.

De la perplejidad a la utopía nos recuerda a los privilegiados estudiantes universitarios que debemos sentir vergüenza ante la situación de miseria y opresión que viven las grandes mayorías. Los universitarios no podemos convertirnos en meras mercancías que ingresan a un mercado de trabajo. Debemos aspirar a algo mucho más elevado: a inventar con imaginación, desde nuestra posición ventajosa en la sociedad, pequeños cambios que conduzcan a transformaciones de fondo.

Carlos de la Isla repudia la idea de una Universidad productora de profesionistas en serie, fabricante de títulos que aseguran lo que el sis-

tema llama 'éxito'. En su ensayo "¿Educación para la libertad o para el sometimiento?", critica a los estudiantes que "juegan a la competencia individualista, liberal, y se fijan como meta llegar a ser el número uno (...), sin importar la calidad de los escalones que ascienden o las estrategias del camino, y olvidando, por supuesto, esa multitud innumerable y angustiada de la sociedad que nunca consideró a la Universidad como gratificación de egoístas".

El discurso del Profesor De la Isla tiene hoy un enorme valor para ofrecerle solidez a la incipiente democracia mexicana. La democracia requiere de la existencia de ciudadanos que piensen por sí mismos, que cuestionen, que propongan, si no como condición necesaria, sí como un elemento de vigorización y definitiva consolidación de la misma.

Para el autor lo fundamental en el proceso educativo es la formación, no la información. Mi experiencia como alumno suyo es que la cátedra que imparte es esencialmente formativa. Y aquí estoy cierto de hablar por los cientos de estudiantes que han tenido la fortuna de asistir a alguno de sus cursos, a quienes ha logrado abrir los ojos a las desgarradoras injusticias de nuestra realidad nacional y mundial, a los absurdos de la intolerancia y la sinrazón, a los excesos del poder, a los

NOTAS

peligros del fanatismo, a las mentiras del sistema. Pero al mismo tiempo, De la Isla ha sabido mostrar el camino de solución a estos males. Cumple él mismo con su caracterización del maestro como el guía que camina junto al discípulo, y que lo invita y anima a pensar y a descubrir por sí mismo. Don Carlos sabe enseñar a sus alumnos la vía para alcanzar su condición auténticamente humana; eso es lo que lo hace, junto con su generosidad y su cordialidad, un hombre tan querido. Este libro será de cabecera para quienes hemos tenido el privilegio de ser sus alumnos. Conservaremos con él un legado de lecciones para comprometernos, en palabras de De la Isla, con nosotros mismos, con nuestra sociedad y con nuestra historia.